

A PROPÓSITO DEL *HONORIS CAUSA* POR LA
UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

Andrés Fábregas Puig*

Recuerdo una conversación con mi padre una mañana de algún día del mes de diciembre de 1966. Sucedió en un período de vacaciones en el que los estudiantes que vivíamos en el Distrito Federal volvíamos a nuestros lugares de origen para la celebración de las fiestas de fin de año. Mis padres vivían en la colonia El Retiro en Tuxtla Gutiérrez, asentamiento en donde fueron pioneros, después de habitar por años una casona en la Primera Avenida Sur número 40 de esa ciudad. En la ocasión a que hago referencia, platicábamos en una pequeña terraza que era el centro de la comunicación en esa casa. El otro lugar de reunión fue el comedor. Mi padre me preguntaba acerca de mis intereses en la antropología, disciplina que yo iniciaba, cursándola en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. En un momento dado de la conversación, mencioné a mi padre mi agradecimiento hacia Guillermo Bonfil, Ángel Palerm y el maestro Jorge Olvera, por su generosidad hacia mi persona. Mi padre hizo una pausa mientras aspiraba el humo de su cigarrillo —permanente compañero de sus labios—, y mirándome fijamente me dijo: “el agradecimiento denota un don, el de la humildad, y no todos lo tienen. El ser humano es complejo, lo cual podría oírse como una verdad de Perogrullo. El agradecimiento es una señal de sensibilidad, de aceptación de haber recibido compañía humana cuando uno la necesita. Pero también existe lo contrario: hay personas que no reconocen ese acompañamiento y más bien generan hasta odio para quien les asistió en momentos difíciles”. Y dicho ello, volvió al cigarrillo, y después de aspirar el humo, me dijo: “Debes prepararte para enfrentar a los malagradecidos”. La verdad es que conservo muy viva en la mente esa conversación, aunque tardé un tiempo en entenderla.

No sé si tenga el don de la humildad, pero sé que, si algo me afectaría, es pasar por malagradecido: así que, en congruencia, queridos colegas del CESMECA, querida comunidad de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, queridos amigos y

* CIESAS-Occidente, México.

amigas todos, ¡muchas gracias! por este momento. Querida amiga, Victoria Novelo, ¡muchas gracias! por tu compañía y tus bellas palabras. Entre Victoria Novelo y yo existe una larga amistad, afianzada por la comunidad de ideas y las experiencias compartidas en las bregas por contribuir a un país mejor. Estoy agradecido con mi familia, célula básica sin la que no funcionaría; Conchita, Mariana, Marisol, Paco, ¡gracias! por todo, por el acompañamiento incondicional en las veredas de la vida de un antropólogo.

No sabría decir a ciencia cierta por qué escogí ser antropólogo. Quizá se deba a la asimilación inconsciente de ámbitos y de vivencias experimentadas en la niñez y adolescencia. Nací en una ciudad que ya no existe: la Tuxtla Gutiérrez de 1945, al inicio de la segunda posguerra. Aquella era una población de relaciones cara a cara, con el parque central como lugar de reunión de todos, pobres y ricos. La presencia cotidiana del pueblo zoque era notoria. El tambor y el pito, las jaranas de los músicos zoques, eran frecuentes en las calles de aquella ciudad. La subida de las vírgenes de Copoya era un acontecimiento especial. El idioma zoque se escuchaba al lado del castellano voseado. Ambos son cada día más escasos en la ciudad actual.

Crecí en una familia en la que me tocó ser el primogénito. Tuve dos hermanitos y tres hermanitas, para decirlo en castellano chiapaneco. Mis padres permitieron que mis primeros años transcurrieran al lado de mis abuelos, don Antonio Puig y Pascual y doña Margarita Palacios, catalán él y chiapaneca ella. En esos años infantiles tuve a dos nanas zoques en cuya casa jugué, niño solitario, con los alcaravanes y los perros, nombrados Conejo el uno, y Amigo el otro. ¡Recuerdo tanto esa casa!, de amplia huerta, con las papausas y los mangos, el jobo y la hierbabuena, las rosas y la flor de mayo. Pero lo que más recuerdo es la sensación de libertad que aquella huerta me transmitió y el sentimiento de paz cuando abrazaba a mis nanas, Clarita y Florita Aguilar. Ellas me despidieron días antes de la partida hacia el desconocido Distrito Federal. Al llegar el momento de seguir mi camino hacia la universidad, con rostros serios, atribulados, me dijeron: “te vas vaina, no vengás machete”.

En la casa de mis padres de aquella Tuxtla Gutiérrez que decía antes, viví un ámbito combinado entre la educación que me impartió mi madre, Carmen Puig Palacios, y la intelectualidad de mi padre, Andrés Fábregas Roca. Si de alguien aprendí a disfrutar y querer la tierra —expresión de Luís González y González—, fue de mi madre. Ella me enseñó a gozar la marimba, los poetas y la comida de Chiapas, el castellano voseado que tanto extraño. Mi madre me regaló mis primeros libros: *Corazón. Diario de un niño*, de Edmundo de Amicis; *Los Pardaillan*, de Miguel Zévaco; las novelas de Emilio Salgari y Alejandro Dumas. No faltó Julio Verne. De mi padre aprendí en las conversaciones de sobremesa lo que

fue la guerra de España, la lucha contra el fascismo y el pensamiento totalitario, la convicción en una humanidad universal, el humanismo como vocación. “En España se peleó por el hombre universal”, decía mi padre. De niño abrí la puerta de esa casa tuxtleca a Jaime Sabines, Enoch Cancino, Fernando Castañón, Luis Alaminos, José Casahonda, Jesús Cancino “Chusito”, el médico de la familia; el maestro e historiador del arte, Jorge Olvera. Por esa casa pasó Carlos Navarrete, ese centroamericano desbocado, amante de Chiapas, que llegaba del brazo de La Espiga Amotinada, aquella congregación de poetas que en algún momento creyeron en un mundo mejor. Los arqueólogos hicieron presencia: Pierre Agrinier y Jordi Gusinyer, argelino el uno y catalán el otro. Por esa casa pasó Carlo Antonio Castro, poeta, lingüista y antropólogo, salvadoreño él. Rosario Castellanos era parte de esa pléyade, pero nunca la vi en la casa paterna. Ella escribió el “Soneto del emigrado”, dedicado a Andrés Fábregas Roca, mi padre. Dice el soneto:

Cataluña hilandera y labradora,
viñedo y olivar, almendra pura,
Patria: rememorada arquitectura,
ciudad junto a la mar historiadora.

Ola de la pasión descubridora,
ola de la sirena y la aventura
—Mediterráneo— hirió tu singladura
la nave del destierro con su proa.

Emigrado, la ceiba de los mayas
te dio su sombra grande y generosa
cuando buscaste arrimo ante sus playas.

Y al llegar a la Mesa del Consejo,
nos diste el sabor noble de tu prosa
de sal latina y óleo y vino añejo.

Esta fue la generación del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas impulsada por Rómulo Calzada, a quien injustamente hemos olvidado. A esa generación y a ese Ateneo pertenecieron también el maestro Eduardo Javier Albores, Alberto Marín Barreiro, Eloísa Marín de Barreiro, Luis Alaminos, Pedro Alvarado Lang, Faustino Miranda, el republicano español que fundara el primer jardín botánico

de México en la UNAM y, enseguida, el jardín botánico de Tuxtla Gutiérrez. Armando Duvalier, el poeta alquimista, y Carlos Ruiseñor Esquinca, el periodista, también pertenecieron a ese Ateneo, además de otros intelectuales que buscaron y reflexionaron desde la tierra chiapaneca los significados del mundo. Daniel Robles llegó un poco después con su *Viento al hombro* y sus “poetas negros, silencio”, y sus “poetas blancos, silencio”. Es el mismo Daniel Robles que escribió su tesis de abogado iniciando, quién sabe por qué, con una referencia a los chichimecas a quienes describió como: “Rudos, salvajes, alérgicos a toda cohesión social”.

La generación del Ateneo no fue la única en Chiapas en ejercitar la reflexión. Habríamos de acordarnos del Seminario Diocesano de San Cristóbal, en donde se forjó una reflexión que poco conocemos. Pero fueron los intelectuales del Ateneo a los que escuché de niño y adolescente en aquella Tuxtla Gutiérrez en la que crecí. Este Ateneo solía reunirse en la cantina La Estación, situada en la segunda calle poniente, justo a la vuelta de la casa en donde vivíamos. A la cantina se le conoció como “El Ateneíto” y fue escenario célebre de discusiones sin cuento entre aquel grupo de intelectuales. La cantina era propiedad de don Óscar Oliva, padre del poeta del mismo nombre. Al regresar de la escuela, en aquella Tuxtla en la que la hora de la comida oscilaba entre las doce y la una de la tarde, mi madre me enviaba a avisar a mi padre que la mesa estaba puesta. Confieso que disfrutaba hacerlo porque implicaba allegarme hasta la cantina en donde mi padre me ordenaba sentarme en una pequeña silla y, desde ese puesto, escuchaba aquellas conversaciones tejidas entre risas y exclamaciones mientras consumía la gaseosa Beibi Ponche, el refresco que fabricaba la familia Mota. ¡Qué de cosas no escuché ahí! Incluyo a don Lindo Oliva, padre de don Óscar y abuelo del poeta Óscar Oliva. Don Lindo siempre estaba en una hamaca amarrada de un par de árboles de nambimbo, en el patio de la cantina. Lo asombroso es que se sabía *El Quijote de La Mancha* de memoria. Al acercarme a conversar con él, acicateado por la curiosidad infantil, don Lindo me platicaba de la Isla Barataria, de los combates de El Quijote con los molinos de viento, de Sancho Panza como el compañero sin par de aquel jinete utópico, de los sueños de ese personaje creado por Miguel de Cervantes, y de su amor imposible por Aldonza Lorenzo. Uno de tantos días don Lindo Oliva me dijo algo así como: “después de leer *El Quijote* ya no hay nada más que leer”. Cuando años después leí *El Quijote de la Mancha*, no dejé de tener en la imaginación a don Lindo Oliva, recostado en su hamaca o cabalgando en las ancas de Rocinante, formando parte de las historias que la imaginación de Miguel de Cervantes tejió, inventando la hermosura del castellano que hablamos.

En esas tertulias del Ateneo, en varias ocasiones, recuerdo que las discusiones se iniciaban alrededor de algún artículo publicado en los suplementos culturales de la prensa que llegaba de la ciudad de México. En particular, *La Cultura en México*, que dirigió Fernando Benítez y que era el suplemento cultural de la revista *Siempre!*, fue de los más socorridos en la generación del Ateneo. Mi padre tenía una colección encuadernada de esos suplementos que llegaron a ser una de mis más agradables lecturas en los períodos de vacaciones. Igual de importante para esas tertulias fue el *Diorama de la Cultura*, el que fuera suplemento del periódico *Excelsior*. Me parece que en nuestra actualidad los suplementos culturales de la prensa no tienen la importancia que en un momento alcanzaron. Esa misma generación de intelectuales editó la revista *Ateneo*, extraordinaria publicación que después se continuó en la hermosa revista *ICACH*, cuyo primer director fue el poeta Óscar Oliva y después dirigió —por años— Andrés Fábregas Roca. Si revisamos las temáticas que contienen esas publicaciones, descubrimos la variedad de temas que preocupaban a aquella generación y, algo muy importante, estaban enterados de lo que pasaba en el mundo, de la circulación de ideas, de los temas centrales en la palestra universal. Recordemos que no había computadoras y que la prensa llegaba en el único vuelo cotidiano de Mexicana de Aviación entre la ciudad de México y Tuxtla Gutiérrez, hacia la una de la tarde, para estar a disposición del público hacia las cuatro. La radio era otro factor de importancia porque se escuchaba la XEW, los noticieros, que eran tema de aquellas animadas pláticas de la cantina La Estación. Pero un hecho que no debe pasar desapercibido es que esa generación logró que los temas del momento estuviesen en boca de todos. Por supuesto, se discutían en las aulas del ICACH, en las clases impartidas por los ateneístas a los grupos de adolescentes que escuchábamos deslumbrados a aquella pléyade de maestros que bien merecen el calificativo de inolvidables.

Además de ese centro de reunión íntima que era la cantina de don Óscar Oliva, el grupo del Ateneo organizaba veladas, funciones de teatro y de ballet, conciertos y conferencias, como una notable que sobre la lucha por el poder en las obras de William Shakespeare dictara Andrés Fábregas Roca. La presencia del poeta español republicano, Pedro Garfias, fue un acontecimiento extraordinario en Tuxtla Gutiérrez. La tarde del recital, mi padre, después de la comida, me ordenó: “irás con don Óscar Oliva hacia las seis de la tarde y le pedirás mi encargo. Me lo llevas al local del Ateneo. Allí te espero”. Ese local de referencia se situaba a un costado de la catedral de San Marcos, en pleno centro de Tuxtla Gutiérrez, muy cerca del establecimiento llamado El Correíto, ventana al mundo que todos los días abría don Arturo Ramos. Hoy no existen. Cumplí con la tarea. Don Óscar Oliva me

entregó en una bolsa el encargo, una botella grande de Coca-Cola. Con ella en las manos me dirigí al local del Ateneo.

Allugar, la sala estaba repleta de un público expectante y de sus conversaciones. Mi padre estaba al frente con el poeta Pedro Garfias. Entregué el paquete y busqué un lugar para presenciar el recital. Mi padre presentó al poeta y bajó del estrado para dejar al invitado solo, sentado frente a una mesa, con la botella de Coca-Cola, una botella grande y un vaso. La lectura se inició con la voz clara de quien está cierto de lo que dice. El poeta comenzó a servirse de la botella y después de cada trago largo al vaso, su rostro se encendía y su voz operaba un tono envolvente, haciendo que el público se adentrara cada vez más en los contenidos de aquellos poemas. A la mitad de la botella, Garfias era ya una tea encendida y el público una llamarada. Don Óscar había preparado aquel brebaje que ingería el poeta, con ese ron que se bebía en Tuxtla, conocido como “Zorro”. El paroxismo llegó cuando Pedro Garfias, para sellar el recital, leyó su poema “Entre España y México”: “Qué hilo tan fino, qué delgado junco / de acero fiel nos une y nos separa / con España presente en el recuerdo / con México presente en la esperanza / Repite el mar sus cóncavos azules / repite el cielo sus tranquilas aguas / y entre el cielo y el mar ensayan vuelos / de análoga ambición, nuestras miradas”. El público semejava a ese mar que decía Garfias, llenando de movimiento aquella sala del Ateneo. El último verso, con la botella vacía, fue una explosión. “Pueblo libre de México”, exclamó Garfias, que para ese momento ya estaba de pie, “Como otro tiempo por la mar salada / te va un río español de sangre roja / de generosa sangre desbordada / Pero eres tú esta vez quien nos conquista, / y para siempre / ¡oh vieja y Nueva España!” No necesito decir que estalló una ovación, larga y cálida, acompañada de exclamaciones de ¡bravo!, ¡poeta! Fue un recital del que se habló largamente en Tuxtla Gutiérrez y que me dejó una huella profunda.

Hace unos meses, en la ciudad de México, mientras recorríamos con José Luis Ruiz Abreu una espléndida exposición sobre el exilio republicano, nos encontramos de frente con el poema de Pedro Garfias escrito en un panel que dominaba la sala. No pude resistir la tentación de leerlo en alta voz. Mientras los versos cobraban vida desde mis propios labios, me vino el recuerdo de aquella noche en el Ateneo; de la figura de Garfias, la emoción del pueblo, el momento de una tradición fundada por ese grupo de intelectuales pueblerinos y, al mismo tiempo, universales y cosmopolitas.

Fue esa pléyade intelectual del Ateneo la que consolidó en el siglo XX el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, el ICACH, casa que fue del humanismo labrado por generaciones de pensadores chiapanecos. Fundado el 15 de mayo de 1944, el ICACH

hunde sus raíces en los prolegómenos de la educación media superior y superior de Chiapas, cuando el escritor y gobernador Emilio Rabasa Estebanell fundó en 1893 la Escuela Industrial de Chiapas que, después de varias transformaciones, devino en el Instituto de Artes y Oficios en 1897, y desde ese año, a través de sucesivas transformaciones, evolucionó finalmente para convertirse en el ICACH bajo la dirección del ingeniero Ángel Mario Gutiérrez, hasta llegar a su actual estatus de universidad. El linaje chiapaneco de nuestra UNICACH es evidente. Su cuna es el momento mismo en que Chiapas se labraba.

Estudí en ese ICACH fundado en 1944. En esa casa escuché a los maestros: Andrés Fábregas Roca, filósofo y erudito, ensayista de excelencia; Luis Alaminos Guerrero, erudito en arte y literatura, pintor y director de teatro; Eduardo Javier Albores, historiador que enfatizó el valor de la historia local; Agripino Gutiérrez, admirador del siglo de oro español; Eliseo Mellanes, cultivador de haikús y estudioso de la lógica aristotélica; Gilberto Espinosa, un químico excepcional; el ingeniero Jorge Calderón, excelente como matemático; Modesto Cano, experto en jurisprudencia; Alberto Gutiérrez, que nos descubría la sociología; al maestro Alberto Chanona, “el zorro plateado”, geógrafo de excelencia. En este ICACH confluyeron jóvenes que provenían de todos los rincones del estado de Chiapas. En mis años pasados en la secundaria de la Prevocacional, tuve la suerte de escuchar las lecciones de historia de Fernando Castañón Gamboa. Todos invocaban al humanismo como el sello de la cultura en Chiapas. En aquellos días, la creación, el arte, la literatura, el teatro, la reflexión, estaban muy presentes en la vida de Chiapas, constituían un elemento protagónico en el acontecer social. Más todavía, la difusión cultural era parte de la formación intelectual de los icachenses. Con esa herencia, generaciones y generaciones de jóvenes chiapanecos se desperdigaron por México en busca de continuar el camino en las aulas universitarias, inexistentes en el estado por aquel entonces. Constituyeron una emigración que le significó a Chiapas un costo que aún no se calcula.

Pero la huella del ICACH está aquí. No se borra. Sus raíces echaron nuevas ramas y nuevas frondas. Se perpetúa en la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, su heredera en línea directa. De esa matriz magistral, de magisterios ejemplares, proviene nuestra universidad. Hago votos para que nuestra comunidad universitaria se aferre y siga fiel a esa tradición humanista y la enriquezca. Que no la alcance la sombra de la traición, porque la vocación de la UNICACH está fincada en esas raíces del humanismo en Chiapas, en ese trillar el camino de la crítica en la búsqueda de una sociedad en la que la generosidad sea la regla de la convivencia.

Quizá por las vivencias que les llevo platicadas soy antropólogo. Pero hay más. Permitan que diga que tuve el privilegio y el honor de estudiar en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en momentos en que allí enseñaban Paul Kirchhoff, Luis González y González, Wigberto Jiménez Moreno, Román Piña Chán, José Luis Lorenzo, Bárbara Dhalgren, Ricardo Pozas Arciniega, Joanna Faulhaber, Rosa Camelo, Roberto J. Weitlaner, Beatriz Braniff, Ángel Palerm, Leonardo Manrique, Javier Romero, Moisés Romero, Berta Pinto Pech, Jorge A. Vivó, Beatriz Barba. Momentos fueron en que una generación crítica levantaba su voz, inteligente y airada, para señalar la perversidad del poder, la injusticia contra los pueblos indígenas, la agobiante desigualdad de la sociedad mexicana que, por desgracia, aún la caracteriza. Fue una generación en la que destacaron Guillermo Bonfil, Arturo Warman, Mercedes Olivera, Margarita Nolasco, Juan José Rendón, Daniel Cazés, Enrique Valencia, Antonio Pérez Elías o Alfonso Muñoz. De nuevo, el humanismo universal, la actitud crítica, la búsqueda de una sociedad equitativa, el reconocimiento a la variedad cultural, eran la savia que alimentaba la enseñanza de la antropología. De esta generación recibimos los estudiantes la lección de no ser indiferentes ante la injusticia, de ser congruentes, de no traicionarnos a nosotros mismos matando las esperanzas por lograr una sociedad equitativa. Por eso salimos a las calles en 1968. Por eso fueron masacrados tantos estudiantes en la noche triste del 2 de octubre. Bajo esa misma vocación humanista y crítica nació la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, con sus raíces firmemente asentadas en aquel ICACH de los maestros de esta tierra. Justo es reconocer al gobernador que firmó el decreto de creación de la UNICACH en el contexto de aquellos días álgidos del Chiapas convulso de 1994 y 1995: Eduardo Robledo Rincón, él mismo egresado de las aulas icachenses, hijo intelectual de aquella generación luminosa del Ateneo.

Más allá de un privilegio, es un honor recibir el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Ello no había pasado por mi mente. Llegan ahora los vuelcos de la memoria, los corredores de aquel ICACH que iluminó mi vida y mi camino. Los tiempos vividos en aquella Tuxtla Gutiérrez que convivía con el río Sabinal y en cuyas calles circulaban los personajes más insólitos, como el tío Ruma, el periodista que escribía a mano y gratis, y repartía su *Estrellita del Oriente* de casa en casa. O aquel loco sublime que fue Chenchó Cabrera, cuya felicidad era sumergir sus luengas barbas en la lata de café caliente que todos los días le ofrecía mi abuelo en la librería El Progreso. Y qué decir del ingeniero Zanate, que recorría las calles de Tuxtla Gutiérrez recitando ecuaciones y resolviendo complicados misterios matemáticos frente a los ojos azorados de la tuxtlecada.

Recibir este honor en San Cristóbal de Las Casas, la antigua Ciudad Real, en donde se inició en el siglo XVI la antropología crítica, es invaluable. Recibir todo ello de manos de la UNICACH, en el auditorio del CESMECA, frente a ustedes, que han sido y son parte de quienes construyen esta gran Casa Universitaria, es algo que no tengo cómo retribuir. Sirva, por favor, mi reiterado compromiso de no cejar y de practicar una antropología que finque el sentido del conocimiento en la búsqueda de una sociedad sensible, en la que impere el humanismo universal y el respeto y la admiración por la variedad cultural. Una sociedad en la que la desigualdad sea sólo un mal recuerdo de los días de vergüenza que hoy vivimos.

¡Gracias de nuevo! *Kolabal*, como dicen los tsotsiles.
Muchas gracias!

San Cristóbal de Las Casas, a 22 de enero de 2015.